
Hacia una moral erótica

Victoria Camps

Juliana González, *El malestar en la moral, Freud y la crisis de la moral*. México, Joaquín Mortiz, 1986.

A Freud le solemos conocer y citar —junto a Marx y Nietzsche— como uno de los grandes críticos de la moral cristiana. Y ahí se acaba el asunto. Freud sólo aportó a la moral reproches y acusaciones y nos legó un pesimismo integral ante el futuro de una cultura irremediabilmente represiva. Juliana González, filósofa mexicana de indudable valía, reconoce, por supuesto, esa faceta freudiana, pero no se queda en ella. Quiere superarla con una lectura concienzuda y profunda a fin de ver qué más puede decirle el psicoanálisis a la moral. El libro que ha escrito es un esfuerzo interpretativo lúcido e inteligente para descubrir “la moralidad freudiana” en sus dos aspectos negativo y positivo.

Freud da en el clavo al darse cuenta de que la vida humana es un nudo de contradicciones: el individuo contra la sociedad, la naturaleza contra la cultura, la infancia contra la madurez, y viceversa. Pero se limita a lamentarlo sin abrirse a la posibilidad de superar las luchas internas. Y es cierto que la moral, al tratar de responder a esas tensiones puede ser sólo causa de malestar y de alienación, si se convierte en el polo de otra tensión: la moral opuesta a la vida. Por el contrario, la moral será una propuesta liberadora si puede ofrecer una respuesta no divorciada de la vida. Esa respuesta es la que la autora busca en el mismo psicoanálisis. Sin olvidar, sin embargo, que es a partir del dualismo desde donde se comprende el fenómeno ético. Que el costo del progreso es que la liberalización se dé pareja a la coacción, que la individuación es una entelequia si no va acompañada de socialización.

La ética ha de definirse, ante todo, como *libertad*. Capacidad de elegir y preferir, capacidad de “hacerse a sí mismo un rostro propio (*ethos*)”. Una libertad, pues, muy aristotélica y, como tal, también trágica: sin libertad no hay destino, sin ley no hay deseo. La segunda nota característica de la ética es la *temporalidad*, pues la ética no es ahistórica ni inmutable: “contiene

el no, la contradicción y la alternativa". Y ambas cosas, libertad y temporalidad en un subsuelo de lucha y de tensión, son posibles porque hay conciencia. Es preciso que el individuo conozca su tragedia, que se afirme con sus derechos inalienables contra cualquier intento de homogeneización cultural.

Hasta aquí, sin embargo, no encontramos nada específicamente freudiano. Cualquier filósofo de la moral sabe que la división y la escisión humanas son la razón de ser del discurso ético. La mayoría de los filósofos tratan de superar esa escisión con una ética, digamos, unilateral: que subordina el sentimiento a la razón, el cuerpo al espíritu. Freud no quiere caer en esa aberración y se desentiende de cualquier ética, o la ve como un mal necesario. Solución que no satisface a la autora de *El malestar en la moral*. En el psicoanálisis —piensa— hay elementos que permiten construir una ética no represiva: una ética emancipadora. Esos elementos se encuentran, precisamente, en el discurso freudiano sobre la sexualidad.

Para ello hace falta una lectura creativa, una *re-descripción* de la teoría sexual del psicoanálisis. Porque Freud no es siempre radical ni mantiene una clara línea progresista. Tiene obsesiones explicativas poco abiertas a una revisión total de la sexualidad, iniciada en una primera etapa, pero no llevada a término en los últimos escritos. Del hallazgo de la sexualidad infantil podía haber derivado una sexualidad dirigida al placer y no a la actividad reproductora, una valoración de la homosexualidad, que el propio Freud no lleva a cabo. No sólo eso: la ética, o el progreso, han de promover una tendencia a la alteridad y a la socialización, que una visión estrecha de las relaciones sexuales denuncia como antinatural. El deseo edípico, por ejemplo, no es sino el afán de eliminar la alteridad y permanecer en un inconsciente oceánico. Sin duda, es preciso superar esa fase, pero es preciso también superarla con una moral que no sea sólo fuente de malestar y de displacer. Es preciso evitar que el camino hacia el progreso no sea inevitablemente un camino de frustraciones.

La pregunta que viene ahora es totalmente kantiana: ¿por qué obliga la obligación? Y la respuesta tendrá que ir más allá de Kant puesto que Kant no encontró una respuesta satisfactoria a la pregunta. Tendrá que ser una respuesta que distinga entre dos fuentes distintas de la moral: una fuente represiva, contraria a la vida y al deseo, una fuente de enfermedad, dolor y negatividad; o una fuente de liberación y humanidad, una moral abierta fundida con el deseo. Esa moral —señala Juliana González— no será realista: ninguna moral puede serlo. La moral realista es la que Freud contempla para condenarla: una moral del *yo* que acepta resignadamente, estoicamente, todas las contingencias humanas: la necesidad, la escasez, la muerte. La conciencia de lo inconsciente. Una moral sin ideales ni ilusiones. Una moral, en definitiva, reductiva. Hay que aprovechar a Freud

sin quedarse en sus errores. No reducir la moral a una sola instancia psíquica porque la moral está en el super yo, en el yo y en el ello: “en las pulsiones de la vida regidas por el *Eros*”. Una moral erótica que sea fuente de energía, de fuerza, de autotrascendencia y a la vez fuente de vinculación y de amor.

“Sólo en las deformaciones de la moral la vida ética se opone a la vida feliz”. Los grandes éticos han tenido que luchar, con mejor o peor fortuna, por hacerle un hueco a la felicidad. ¿Para qué, si no, la vida moral, es decir, la obligación de escoger y preferir? ¿Por qué no la arbitrariedad pura? Freud es precursor y víctima de esa crisis que ha hecho que nos olvidemos de “la felicidad de la virtud”. Ahora bien, recuperar esa idea significa repensar y redescubrir la virtud. Para que la moral no genere sólo enfermedad y muerte, sino sea principio de vida y salud. Juliana González ha hecho el esfuerzo por volver a pensar la virtud en términos de *Eros*, principio de individuación y vinculación a un tiempo. Es una propuesta, sin duda no la única, pero ciertamente nueva. Por dos razones, por lo menos, el libro de Juliana González merece una lectura pausada: porque es una interpretación freudiana innovadora, y por la indudable aportación a una teoría de los valores válida para este fin de siglo marcado por la incertidumbre.